

UN VODKA MARTINI «agitado y frío con una aceituna ensartada en un palillo» en el bar de Le Bristol, un mítico hotel de Beirut al que el coronavirus asestó la puñalada mortal. Un whisky con soda –a falta de tónica– en el Windsor, una de las fondas con más solera del decadente centro de El Cairo. Una botella de vino tinto en el Marriott de Islamabad. Diferentes escenarios y una misma hora, las seis y diez de la tarde, para un viaje etílico por las tierras de Alá, allá donde el alcohol es *haram* (ilícito) y busca refugio en los pubs más elitistas o los antros más sórdidos.

El escritor británico Lawrence Osborne (Londres, 1958) emprendió hace unos años su particular ruta por Oriente, desde los confines de Egipto y Turquía hasta los tugurios de Pakistán. Una aventura con la condición de bebedor empedernido y la máxima de hacerse con un trago a cualquier precio. De sus andanzas nació *Beber o no beber, una odisea etílica*, publicado ahora en español por Gatopardo Ediciones.

«Fue un proceso de autodescubrimiento. Descubrí que disfrutaba de un ritual muy sencillo vinculado a una bebida vespertina servida exactamente a las 18:10. Esa cita me mantuvo con los pies en la tierra y me garantizó un orden el resto del día y la noche», reconoce Osborne desde Bangkok, la ciudad en la que reside actualmente.

«También descubrí que podía gozar de estar sobrio durante periodos largos cuando no podía disfrutar de una bebida. Nunca antes había permanecido abstemio de aquella manera. La sangre probablemente se vuelva limpia y las facultades mentales se aclaren, pero también resultaba más aburrido», bromea.

El libro, no obstante, es un relato de ese encuentro con una región del mundo en la que, al menos públicamente, una copa y los placeres dionisiacos son vicios rechazados y perseguidos. Unas adicciones que, según la latitud, merecen cárcel. «Siento curiosidad por saber cómo viven los abstemios. Quizá tengan algo que enseñarme [...]

Para alguien que se ha pasado toda su vida sumergido en alcohol, el cambio de contexto podría resultar esclarecedor», escribe el londinense al inicio del volumen a propósito del choque de civilizaciones que provoca su placer etílico.

«Los abstemios y los bebedores unidos en un espíritu de mutua incompreensión, como esos condados de Texas donde compras cerveza en uno y no te la puedes beber en el siguiente», esboza ya iniciado el periplo, cuando sus pasos le conducen hasta el valle libanés de la Becá, fronterizo con Siria.

necesidad de semejante aislamiento en el altar de Johnnie Walker», arguye Osborne.

De sus compañeros nocturnos, más allá de un señor de la guerra libanés reconvertido en un poco agraciado productor vitivinícola o de dos enólogos embarcados en la misión de elaborar vino en el norte de Egipto, apenas recuerda nada.

«Todos se han convertido en una inmensa y tragicómica mancha humana», señala a este diario. Ya lo advierte en las páginas de *Beber o no beber*: «La cerveza y el vino se toman con amigos,

UN EBRIO DONDE EL ALCOHOL ES 'HARAM'

Whisky, vino, champán... El novelista Lawrence Osborne publica 'Beber o no beber', su peripecia etílica por el mundo musulmán. "Nunca he bebido tanto como en las fiestas privadas de Pakistán", confiesa sobre una ruta que hace parada en antros y hotelazos

POR FRANCISCO CARRIÓN EL CAIRO

«¿Es el alcohol una sustancia que separa la conciencia de su verdadero yo y, por tanto, de los demás? Si eso es cierto, nos pasamos la vida entera en un estado de sutil falsedad. Pero ¿es el alcohol el creador de la máscara o precisamente aquello que nos la arranca?», se interroga, sin respuesta, el viajero.

En las barras de Estambul, Mascate (la capital del sultanato de Omán) o Abu Dabi, Osborne halla la complicidad de un cóctel y la soledad de un bar, «un lugar que normaliza la lepra social». «El islam, cuyas ciudades tradicionales son comunitarias y domésticas, no ve la

pero los destilados son para quien bebe solo».

Su travesía, hilada con humor y cuidada prosa, traza una sugerente ruta. «Los mejores países musulmanes para ser bebedor son Marruecos, Emiratos y Turquía. Dicho esto, nunca he bebido tanto como en las fiestas privadas de Pakistán. Los peores serían Arabia Saudí y el propio Pakistán. He bebido un buen número de botellas de champán en Bahrein y Omán», confiesa.

Cuando se le pide recomendación sobre un lugar del itinerario, Osborne escoge el Orient Bar del Pera Palace hotel de Estambul, donde Agatha Christie escribió *Asesinato en el Orient* *Express*. «Nunca resulta

suficiente para mí la combinación de terciopelo morado y Christie», comenta quien cita a Luis Buñuel para defender su elección. «Es un bar que cumple todos los requisitos buñuelianos: sin música, sin jóvenes, sin hombres barbudos, sin una iluminación extraña. Aunque debo añadir que

es una lástima que uno de los sultanes enmarcados no sea el infame Murad IV, que murió de sobredosis etílica después de incontables borracheras durante las cuales, nos aseguran los cronistas, disparaba flechas a los viandantes desde una ventana del palacio Topkapi, corría disfrazado

por las calles y mataba a individuos al azar con su espada, por pura diversión. La locura dionisiaca del alcohol desatada, para sellar una paradoja obvia, en las venas del líder más poderoso del mundo islámico», escribe ácidamente Osborne. La narración del viaje por los dominios del

Osborne, retratado en Bangkok, donde vive.

«Creo que hay espacio para una copa y la disidencia religiosa», argumenta



profeta Mahoma, entre templos de embriaguez jalonados de la clandestinidad y el secretismo que reúne a infieles y pecadores, fluye hacia los acontecimientos políticos recientes. El novelista visita Egipto en medio de las turbulencias que sucedieron en 2011 a las revueltas que derrocaron a Hosni Mubarak.

«Cada viaje, en cierto sentido, tiene un trasfondo político. Así lo sentí en Egipto y Líbano, por razones obvias. Por aquel entonces vivía en Estambul y también lo experimenté allí poderosamente, por razones igualmente obvias», explica. Su escala cairota es tal vez la menos afortunada del libro, cuando frívolamente describe cómo «las mujeres –inimaginable dos años atrás– llevan pañuelos por las calles casi como uniforme y las barbas de los devotos se multiplican».

A diferencia de lo que Osborne sugiere, la «revolución conservadora» no fue una obra repentina de la multitud heterogénea que se reunió en la plaza cairota de Tahrir ni de los Hermanos Musulmanes, sino de décadas del mismo régimen militar que ejecutó un golpe de Estado en 2013 y hoy, en nombre de la moral, lanza redadas contra los homosexuales o las jóvenes que danzan en TikTok. A partir de la década de 1970 un militar, Anwar al Sadat, el apodado *Presente creyente*, abrió las puertas a predicadores y torquemadas del libertinaje. Y la *ley seca* comenzó a hacer de las suyas.

En medio del tránsito, Osborne se interroga si el futuro del mundo musulmán podría deparar un «espíritu cosmopolita y bebedor». «La bebida funciona como cuña de libertad en una tierra acosada por religiosos vestidos de negro», sostiene. «Creo que hay espacio para una copa y la disidencia religiosa. En el pasado el mundo musulmán tuvo una relación rica y compleja con el vino, como lo atestigüa ampliamente la poesía de esa civilización. ¿Por qué no debería persistir ahora y finalmente, un día, volver a florecer?».

NUEVOS TIEMPOS airean la Real Academia de la Historia: si en 2011 la entrada *Francisco Franco* no incluía la palabra «dictador» en su *Diccionario Biográfico*, desde el pasado viernes un nuevo ingreso en la docta casa cierra aquel episodio, ya que el reciente inquilino de la madrileña calle del León (Enrique Moradiellos) tiene un ensayo sobre el general que incluye aquel término en su mismo título: *Franco. Anatomía de un dictador* (Turner, 2018).

El catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Extremadura y Premio Nacional de Historia 2017 por *Historia mínima de la Guerra Civil española* (Turner) dice que en la Academia continuará con lo que ya hacía, que coincide con lo que desde hace 300 años pretende el organismo: «Fomentar el estudio razonado de la Historia de España, de Iberoamérica y del mundo en todas sus dimensiones».

En cuanto a las palabras «Franco» y «dictador», dice Moradiellos: «*Erratum humanum est* [Error es humano]. Y si la ciudadanía recordara esto para juzgar sus obras personales tanto como las obras sociales, quizá la vida pública fuera más apacible, tranquila y relajada».

¿Queda hoy algo de Franco, del franquismo? «Franco se puso al frente de una insurrección militar de perfil reaccionario contra el gobierno de izquierdas surgido en las elecciones de febrero de 1936, que venció con un estrecho margen de votos populares. Acumuló un poder político omnímodo en España y permanecería en el poder como *Caudillo de España por la Gracia de Dios* hasta su fallecimiento. Durante sus 40 años de gobierno autoritario y dictatorial, la oposición si bien creció no tuvo fuerza suficiente, ni acaso ánimo y ganas, para intentar derribarlo por la fuerza. Así que esperó a su muerte para pactar con las jóvenes generaciones nacidas bajo su régimen el inicio de un proceso de transición de la dictadura a la democracia que fuera pacífico, negociado. Y en ese proceso pactado para dismantelar una dictadura el llamado *piloto del cambio* fue el Rey Juan

“ ENRIQUE MORADIELLOS

AÚN HAY RIESGOS PELIGROSOS DE QUE SE ROMPA ESPAÑA”

Elegido el viernes como académico de la Historia, el catedrático repasa la figura de Franco, su sombra en la política actual y la «penosa» crisis catalana de 2017: «Destruir el edificio histórico del Estado español es relativamente fácil»

POR MANUEL LLORENTE MADRID

Carlos, porque sirvió de gozne entre los reformistas del franquismo y los rupturistas de la oposición. Llevamos más de 40 años de democracia consolidada. Lo que nunca habíamos vivido. Es para estar orgulloso, creo yo».

¿Alguna sombra del franquismo? «Una parte considerable de la cultura política actual quizá tiene su génesis y su origen, para bien o para mal, en la época histórica por él presidida y conformada: la llamativa obsesión por la unanimidad en las decisiones políticas de cualquier tipo (transcendentes o menores), la tendencia a la satanización del conflicto y la diferencia (en todos los planos, desde lo más trivial a lo más sustancial), la inclinación peligrosa y creciente a identificar gobierno y nación (como si el primero no fuera servidor de la segunda y la segunda señora y dueña suprema del primero), la hipertrofia del poder ejecutivo frente a otros poderes estatales, como el legislativo y acaso sobre todo el judicial, el gusto a mi modo de ver penoso por el liderazgo carismático personalista, la mirada complaciente hacia la corrupción y la venalidad».

Frente a una opinión extendida, Moradiellos ha considerado que Franco no era un analfabeto político. «Hace años afirmé (y me reafirmo): ‘Decir que Franco era inteligente no te hace franquista’. Antes se solía decir (y yo me inculpo, sin duda) que Franco era sólo astuto o afortunado. Hoy creo que nadie en la profesión especializado en el personaje duda que era inteligente».

El profesor hace hincapié en sus clases: «No hay que dar ningún hecho por asumido». Y enfatiza: «La Historia es obra humana. El conocimiento de los fenómenos históricos está siempre sometido a revisión, son siempre revisables, analizables desde nuevas perspectivas, con nuevas pruebas, con distintos parámetros de medida objetivada. Eso no significa que todo valga y nada quede».

¿Está en peligro la unidad de España? «La penosa crisis catalana de 2017 fue un momento de máximo peligro. Y todavía tenemos riesgos notorios y peligrosos. No me cabe duda de ello. Destruir un edificio histórico como es el Estado español y la nación política española es una labor relativamente fácil si la población mayoritaria

afectada por esa vida en común así lo decide y apela a la fuerza, a la indisciplina y a la intimidación para lograr sus fines. Siempre es más fácil destruir que construir, pero hay que recordar también algo que la Historia demuestra hasta la saciedad: esas destrucciones no son armónicas, irónicas, pacíficas y tranquilas. Son complejas, arriesgadas, muchas veces cruentas y casi siempre muy sangrientas y dolorosas. Y al final, ni merecen la pena ni compensan el dolor, el sufrimiento y la muerte que han ocasionado. No son tiempos de independencias irrestrictas y *soberanas*, son tiempos de interdependencias en un planeta globalizado».

¿Tiene solución el tema de Cataluña? «Excede de mis facultades de historiador», aclara Moradiellos, «pero si se me permite, les recomendaría a todos los responsables políticos y sociales que tienen que lidiar con estos problemas que leyeran más Historia, que vieran cómo los viejos maximalismos azotaron violentamente nuestro siglo XIX, que contemplaran el terrible precio pagado por las polarizaciones irresponsables del periodo republicano».

“ UNA PARTE CONSIDERABLE DE LA CULTURA POLÍTICA ACTUAL TIENE SU ORIGEN EN EL FRANQUISMO”

“EL CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA ESTÁ SIEMPRE SOMETIDO A REVISIÓN, ESO NO SIGNIFICA QUE NADA QUEDE”

“HAY QUE CONTEMPLAR EL TERRIBLE PRECIO PAGADO POR LAS POLARIZACIONES EN EL PERÍODO REPUBLICANO”



ANTONIO HEREDIA